

## CON FALDAS Y A LO LOCO

El truco infantil de echar una moneda en el suelo para mirar furtivamente debajo de las faldas de una niña es tan antiguo como la acuñación de la moneda y la atracción de los sexos. Sin embargo, tales bellaquerías, aunque no se hagan detrás de las puertas como las gongorinas, no pueden nunca ser recíprocas. El uso del pantalón hace imposible el intercambio erótico de las miradas invertidas. Tal vez sea ésta una de las muchas discriminaciones que en el dominio de la moral han sufrido desde la infancia las niñas con relación a los varones. Pero seguramente no es esta frustración primeriza la que haya hecho que las féminas liberadas – hace ya muchas décadas de ello – quieran hoy vestir como hacen sus compañeros masculinos. Vestir con el atuendo de “mujer mujer” tiene dos problemas casi irresolubles: uno, que los adultos pretendan regresar a la infancia; otro, el enfundamiento difícilísimo de unas medias con más carreras que la diplomática y la eclesiástica juntas.

Ahora bien, no es posible igualar jamás lo que es distinto. Los pantalones del varón deben ajustarse a las curvas femeninas en lugar de hacer estas curvas femeninas lo propio con relación a los pantalones del varón. Siempre ha sido más fácil amoldar los sombreros encima de las cabezas que modelar las cabezas bajo los sombreros. Claro está que siempre se pueden señalar excepciones a la norma. Al burgués al que se le encasquete una boina acabará pensando como un obrero y repartiendo dividendos entre todos sus empleados. Paralelamente, si un vulgar aprendiz de una tiendecilla de garbanzos se pone un sombrero de chistera se creará el dueño de todas las chimeneas fabriles. Y es que la forma de vestir define al individuo. Dime cómo vistes y te diré el tramo fiscal en el que tributas y la cuenta de los restaurantes donde comes. El pícaro Lazarillo, tan pronto como se vio con unas cuantas monedas en las manos, se cambió de ropilla para semejar así pertenecer a una clase social unos diez centímetros más elevada que la suya. Habiendo prosperado con su ingenio, saliendo desde la nada más nada, tomó

una esposa tan virtuosa como cualquier otra mujer de las que hubiere en Toledo, la buena. Y ello es así, aunque las malas lenguas, que en aceite sean fritas, murmuraban que la tal dueña muy honestísima había practicado tras las puertas sus bellaquerías con un cierto arcipreste que no fue precisamente de la Gloriosa Virgen un amigo natural.

1 de agosto de 2018  
Pablo Galindo Arlés